
¿QUIEN TEME AL SOCIALISMO?

Entrevista con Alec Nove

Alec Nove. Se diría el nombre de un *baronet* inglés, pero se trata en realidad de la forma anglizada de Aleksander Novokovski, profesor de economía en la Universidad de Glasgow, Escocia. Judío ruso, hijo de mencheviques emigrados a Inglaterra, Alec Nove se formó en la London School of Economics, Universidad de orígenes «fabianos» de la que es profesor honorario. Conocedor profundo de la realidad soviética, Nove ha dedicado una larga serie de libros a este tema, desde *The Soviet Economy* y *Economic History of USSR*, escrita en colaboración con Nuti, hasta el reciente *Political Economy and Soviet Socialism* (1980). En su última obra, *The Economics of Feasible Socialism*, intenta dibujar, con contornos precisos, una postura socialista en sentido estricto, basada en una combinación «eficaz» de planificación, mercado y democracia política. Una «tercera vía» que tiene el mérito de la claridad, no ya como alternativa al modelo socialdemócrata —«que mantiene», según Nove, «su validez»— sino como una opción política legítima y «posible».

—*En su libro hay cuatro capítulos dedicados a la crítica de las economías socialistas. La parte constructiva, en la que propone usted un proyecto de socialismo posible, se reduce a unas pocas páginas, si bien Włodzimierz Brus reconoce que se trata de un núcleo de socialismo concreto. ¿A qué obedece esta desproporción entre crítica y proyecto en la composición de su libro?*

—Hay que aclarar dos puntos: en primer lugar, no se trata de un análisis comparativo de sistemas. Si mi libro se refiriese a la economía, y sobre todo a la teoría económica occidental ortodoxa, cabrían perfectamente las críticas que ha formulado usted. Sin embargo, como señalo en el prólogo, mi libro no es un ataque contra el socialismo comparado con el capitalismo moderno, dado que también este último padece males de todos conocidos. Es cierto que la crítica del socialismo real abarca dos tercios de la extensión de mi libro, que dedica la parte restante tanto a la crítica del marxismo tradicional, en lo que concierne al socialismo, como a la búsqueda de una alternativa. Pero para buscar una alternativa es neces-

rio extraer conclusiones de la experiencia de los diversos países que se dicen socialistas. En segundo lugar, mi libro parte de las teorías marxistas ortodoxas. Por un lado está el sistema soviético; por otro está lo que han afirmado Marx y, tras él, algunos marxistas. Lo que Marx ha afirmado no constituye una base sólida para la crítica del socialismo existente.

—*Del que existen multitud de variantes. En su libro, por ejemplo, apenas se habla de China.*

—Si saliese una segunda edición dedicaría un capítulo entero a China, donde han sucedido en estos dos últimos años muchas cosas que requerirían un amplio tratamiento.

Pero más allá de las variantes —la autogestión yugoslava, la experiencia húngara, el modelo soviético, etc.— se dan aspectos comunes de los que es posible extraer ciertas lecciones válidas para cualquier tipo de socialismo. Y algunas de ellas son negativas: no hay que proceder a una colectivización forzada de la agricultura, se corren serios peligros de dominio de la sociedad por parte de una jerarquía político-económica poderosa, de un partido único, etc. Pero la situación ideal no existe. Como dice uno de los mejores economistas húngaros, Kornai, todo cuanto se hace provoca efectos ventajosos e inconvenientes. Se trata, pues, de reducir las desventajas, pero no existe un sistema carente de ellas. Se abole el mercado: ahí están los peligros de la jerarquización, la burocracia, la rigidez administrativa, etc. Se mantiene el mercado, y aparecen todos los riesgos de distorsiones posibles e incluso previsibles. Se trata, pues, de evitar en lo posible ambos peligros, sin pensar en soluciones perfectas que la vida real no admite.

—*¿En qué medida han realizado el proyecto marxiano las revoluciones socialistas?*

—En mi opinión, aquel proyecto no era realizable. Al ejecutarlo en algunos aspectos se han creado contradicciones con otros aspectos del propio proyecto. En Marx, el proyecto socialista prevé que la planificación sustituya a la economía de mercado, la moneda, el libre cambio. Los partidos socialistas han probado a realizarlo. Pero el mismo proyecto marxiano postula la eliminación de la burocracia, del dominio de los dirigentes sobre los dirigidos, etc. Así, para superar las consecuencias de la ausencia de mercado y del libre cambio, se ha creado una poderosa jerarquía, con la pretensión de imponer una planificación consciente de la actividad económica. Las consecuencias de todo ello, sobre todo con Stalin, le habrían parecido nefastas al propio Marx.

—*Entonces, podemos afirmar que algunas consecuencias negativas son inherentes al propio modelo marxiano.*

—Sí y no. El modelo, como hemos visto, es contradictorio. Sin querer justificar el terror estalinista, cuando se ha intentado realizar el proyecto marxiano se ha llegado a resultados imprevistos y no deseados respecto a la tabla de finalidades contenidas en el propio modelo.

Algunos resultados negativos dependen ciertamente del modelo. Fijémonos en el pleno empleo. Se trata, evidentemente, de un bien. Pero la escasa disciplina de trabajo, de la que tanto se habla en la Unión Soviética, ¿no es acaso una de sus consecuencias? ¿Es preferible entonces el paro en aras de una mayor disciplina? A nadie le gusta el desempleo, que por otra parte es también un despilfarro. Pero cuando hay pleno empleo, y en consecuencia una cierta tendencia a que los clien-

tes hagan cola, nadie se ocupa mucho de los deseos y las demandas de los clientes. Son ejemplos simples, pero se podría buscar otros.

—*Desde el punto de vista teórico, ¿está o no basado en los instrumentos de análisis de Marx el sistema de planificación de los países socialistas?*

—Lo está y no lo está. Se utilizan las categorías de la economía política de Marx. Pero ésta está contenida esencialmente en *El Capital*. De ahí, por ejemplo, la dificultad de adecuar la teoría del valor de Marx a los problemas de la fijación de precios en el socialismo. Según Marx, el sistema de precios estaba destinado a desaparecer en el socialismo tras una etapa de transición. Ahora bien, la teoría del valor, que se adapta a una economía de mercado, es en el fondo una teoría del equilibrio. En el modelo capitalista, ya sea analizado por la escuela de Chicago o por Marx, si se produce un desequilibrio se corrige por medio de los precios. Precios y beneficios, por decirlo así, tienden a restablecer un equilibrio que, en realidad, nunca llega a restablecerse. Pero este mecanismo, que Marx conocía, no existe en el socialismo soviético, dado que los precios son fijados oficialmente y no varían según la oferta y la demanda. Una variación según este último criterio sólo puede ser realizada con pleno conocimiento por los órganos de planificación. Pero en tal caso los precios no expresan, por sí mismos, el valor de uso. Se da pues una contradicción inesperada entre el valor de uso, o la valoración de los productos por parte del usuario, y el precio fijado oficialmente. En este punto la teoría de Marx no sirve de la menor ayuda, y se hace necesario buscar algo distinto.

A menudo, la crítica contra el sistema social soviético, formuladas por quienes comparten una orientación marxista, intentan señalar una clase dominante. La clase dominante, en el capitalismo o en el feudalismo, la constituyen los grandes propietarios. En la URSS no hay nada de eso. El Politburó no es un consorcio de grandes propietarios. Una vez más nos encontramos en este caso ante un fenómeno nuevo para el que no valen las viejas categorías de interpretación.

—*Dentro de los países socialistas se da un máximo de mercado en Hungría y un mínimo en la URSS. ¿Qué papel positivo puede adjudicarse al mercado en las economías socialistas?*

—Operar sin el mercado supone crear una burocracia hipertrofiada que después resulta difícil reducir. Hay, sin embargo, algunos sectores económicos en los que la producción está muy diversificada, en los que se da un gran abanico de posibles modelos —ya se trate de calzados o de herramientas—, en los que existen millares de posibles variantes que se adaptan a las necesidades. Sin un mercado, tal adaptación resulta bastante dificultosa.

—*En pocas palabras, ¿qué entiende usted por mercado?*

—El hecho de que la producción y la distribución se hagan por contrato, ya sea directamente entre el proveedor, el productor y el consumidor, ya sea a través del intermediario del comercio. Superponer una planificación desde arriba a este tipo de mercado que acabamos de describir comporta pérdidas económicas y consecuencias sociales que, en mi opinión, no son enteramente deseables.

—*En la economía planificada sin mercado todos los trabajadores, según Seluckii, son a un tiempo productores y consumidores. Como productores responden a los objetivos de la planificación, como consumidores piensan en satisfacer sus necesidades materiales a través de la demanda efectiva. ¿Cómo se resuelve esta contradicción?*

—El consumidor es productor, y viceversa. Pero ello sólo es cierto en el vértice, por decirlo así, de una imaginaria pirámide gigantesca que lo engloba todo. En la concepción marxista, consumidor y productor entran en estrecha colaboración y se intercambian todos los bienes necesarios. Pero sabemos que las cosas no son tan sencillas, que existe la división del trabajo y de las responsabilidades dentro de esa pirámide. Un productor de camisas y un enseñante que consuma las camisas producidas por el primero forman parte de la misma sociedad, tanto más si el hijo del productor de camisas asiste a la escuela, pero en definitiva son figuras tan separadas como en cualquier otra parte.

Hay sectores en los que esta disgregación simple del mercado no es aplicable. Sectores en los que se realizan enormes economías de escala, como el eléctrico, el petrolífero, etc. y en los que en todas partes, tanto en Italia como en Estados Unidos, predominan gigantescas unidades de producción, a veces multinacionales. Y no está mal que así sea, pues se trata de sectores que lo requieren así. Cuando hablamos de mercado e imaginamos pequeñas unidades productivas autónomas no podemos aplicar la misma imagen a una central eléctrica, por más que la electricidad haya de ser provista según las necesidades.

—*¿Quiere decir que ante ciertas economías de escala e inversiones de enorme cuantía el mercado no es suficiente?*

—Por lo que respecta a estos últimos sectores debe mantenerse una planificación central. No sólo planificación, pero si se deja sólo el mercado se puede llegar —también en Occidente— a resultados negativos. Hay sectores macroeconómicos en los que se asiste a peligrosas fluctuaciones, a eventuales crisis, a tendencias inflacionistas. Por otra parte hay también sectores que no deberían quedar enteramente sometidos al mercado, como la sanidad o la conservación de los bienes ambientales. Por último, siempre se piensa en la producción, pero no podemos olvidar la calidad de vida. Y muy a menudo beneficio y calidad de vida no están, como es notorio, necesariamente de acuerdo uno con otra.

—*En suma, ¿el mercado es válido sólo allí donde se da el máximo de diversificación productiva?*

—Digamos que en esos sectores presenta el máximo de ventajas. Pienso, como ya dije, en el sector del calzado, de las máquinas-herramientas, de los restaurantes, de los servicios de todo tipo, de la agricultura, donde la tierra puede emplearse para producir una infinidad de cosas. En suma, donde se da el máximo de diferenciación entre producción y consumo. En esos sectores se producen grandes inconvenientes sin la libertad de mercado. Tomemos el caso de Hungría. Ya sé que no todo está allí en la mejor situación, pero la agricultura funciona bien, debido sobre todo a que no hay consignas obligatorias ni una planificación de la producción vinculante. En Hungría, aunque se trate de cooperativas, las explotaciones agrícolas pueden por una parte adaptarse a los intereses y los deseos de sus miembros —cosa que teóricamente es posible también en la URSS pero que de hecho no sucede— y por otra son libres de elegir la producción que más les conviene.

—*Se ha mostrado usted crítico ante el modelo de autogestión yugoslavo. ¿Comparte la opinión de Sweezy de que hay demasiada libertad de mercado en Yugoslavia?*

—En Yugoslavia no hay planificación, como ha señalado también Sweezy. Aunque no siempre esté de acuerdo con él, en este punto tiene razón. Sin planifi-

cación el mercado queda sin regulación, con todos los riesgos del *laissez faire*. No comparto la fe en el automatismo benéfico del mercado, en sus versiones modernas de la Escuela de Chicago o de Friedman. No comparto esa opinión respecto al mundo occidental y por las mismas razones no tengo confianza en un *laissez faire* autogestionario o de otro tipo. Hay un economista húngaro, Tibor Liska, que se ha convertido en el Friedman de los países de la Europa del Este. Liska no quiere restaurar el capitalismo, pero piensa que las empresas estatales pueden funcionar según un modelo ideal de *laissez faire*. Si se acepta ese modelo pueden surgir desequilibrios, como de hecho ha sucedido en Yugoslavia.

—*¿Pero no cree que existen también particularidades históricas de Yugoslavia mezcladas con los problemas económicos?*

—Por supuesto, hay que distinguir siempre entre las debilidades del modelo autogestionario en general y la realidad de Yugoslavia, un país compuesto por seis repúblicas, con sus nacionalismos. Esta situación produce deformaciones que nada tienen que ver con la economía ni con la autogestión. A eso hay que sumar la política del gobierno. En algún momento las tasas de interés han sido la mitad que las tasas de inflación. Ahora bien, las inversiones que se producen en el mercado, con una tasa de interés negativa, tienen efectos distorsionantes, y ciertamente no se puede afirmar que esas tasas de interés distorsionantes sean conformes al principio de la autogestión.

—*¿Cree, en suma, que la autogestión es un modelo aceptable, practicable, o no?*

—La autogestión es una idea muy seria, aunque siempre se corren dos peligros: el primero, que los obreros no participen en la gestión de las explotaciones, aún teniendo derecho a ello.

—*¿No existe también el riesgo de que los obreros se opongan al progreso técnico?*

—No lo creo, pues justamente la autogestión les garantiza que no perderán el puesto de trabajo, ya que las decisiones dependen de sí mismos y no de los capitalistas. El otro problema de la autogestión radica en las diferencias de rédito. Si los réditos dependen del buen funcionamiento de la unidad autogestionada, se entra en contradicción con el principio de a trabajo igual salario igual.

—*¿Puede poner algún ejemplo?*

—Yo puedo conducir un camión de Belgrado a Zagreb con cinco toneladas de mercancía, y un colega mío, que trabaja en otra empresa y hace la misma labor, puede ganar un 50 % más que yo por razones que no tienen nada que ver con mi trabajo. ¿Es justo ésto? También es cierto que eso sucede en las economías de mercado, como en la autogestionaria yugoslava, no ya a causa del obrero, sino por cualquier razón imputable a la dirección de la empresa. Es un problema que se plantea en cualquier sistema de autogestión y en cualquier sistema de mercado. Ello no significa que la autogestión sea mala. Muy al contrario: participación significa también manifestación de libertad en el trabajo y responsabilidad, aunque este último aspecto no se tenga muy en cuenta.

—*En los sistemas socialistas vemos un abanico de situaciones intermedias entre dos polos opuestos: autogestión y planificación central. En Alemania oriental el modelo de planificación soviético funciona mejor que en otras partes. ¿Cómo*

explica esa superioridad de un modelo copiado de la Unión Soviética, donde funciona mucho peor?

—Está copiado sólo en teoría. En realidad, los alemanes orientales lo han adaptado, y los soviéticos no pueden hacer otro tanto, porque hay una diferencia de fondo entre ambos sistemas de gestión de la economía. La economía germano oriental está centralizada, sí, pero en base a *cartels* de productos. Me explico: los responsables de los *Kombinat* de un determinado sector productivo deben responder de la casi totalidad de la producción de bienes que están bajo su control. Ciertamente eso no supone aún una economía de mercado, pero se dan responsabilidades muy claras. En la URSS el modelo germano oriental no es aplicable, pues la producción está dividida, de forma muy compleja, entre casi todos los ministerios. Tomemos por ejemplo los frigoríficos. En Alemania oriental hay un *cartel* que se ocupa de la producción de todos los frigoríficos, en tanto que en la URSS las competencias sobre este sector se reparten entre una docena de ministerios que controlan empresas que producen multitud de cosas, incluyendo frigoríficos.

—¿Esa es toda la diferencia?

—Hay una más, pero no querría caer en el etnocentrismo. Los rusos saben muy bien que los alemanes tienen una mayor capacidad organizativa. Cuando pregunté a representantes polacos por qué el modelo germano oriental era mejor que el suyo, me respondieron: «No es eso, es que nadie ha inventado todavía nada para hacer que los alemanes se olviden de trabajar». Tales consideraciones valen no sólo para Alemania oriental, sino también para Estonia o Letonia. Allí la agricultura, por ejemplo, funciona mejor que en otros lugares, y ciertamente no porque la tierra sea más fértil. Se trata de pequeñas repúblicas bálticas que tienen una tradición de trabajo asiduo y metódico que no tiene parangón en otros lugares. Un colega mío de Glasgow, por ejemplo, ha escrito un artículo muy serio sobre la actitud tradicional hacia el trabajo de los luteranos. Por otra parte, basta observar el paisaje agrícola de Estonia, ordenado y floreciente, para notar el contraste que se da con el de Rusia, muchos menos próspero, apenas se cruza la frontera de esa pequeña república báltica. La URSS no es ya la Rusia zarista, pero las tradiciones siguen haciendo pesar sus efectos económicos. Esto, por otra parte, es válido igualmente para Japón. Los japoneses tienen una actitud hacia el trabajo completamente distinta de la nuestra. Son variables que es muy difícil encerrar en modelos matemáticos y económicos, pero que no dejan de tener su peso.

—El modelo de socialismo posible que usted perfila se parece mucho a un modelo real, el húngaro. Sólo falta la democracia política...

—No sólo falta la democracia política, sino también la autogestión, salvo en el sector cooperativo. La economía húngara, por otra parte, no atraviesa un momento fácil actualmente. Hay muchas tensiones que se refuerzan, por así decirlo, recíprocamente. No se sigue verdaderamente la lógica del mercado. Kornai, como otros economistas húngaros, hace notar que no existen quiebras. Cualquier director de empresa sabe que en el fondo, en caso de desastre financiero, el Estado acudirá en su socorro. Falta pues la lógica de la competencia y existen muchas unidades productivas casi monopolistas.

Hungría es un país pequeño que depende en gran medida del comercio exterior y que tiene muchos problemas con los cambios internacionales: los precios, tras la subida del petróleo, han jugado en contra de las exportaciones húngaras. El mercado occidental se ha hecho muy difícil. Y también les resulta difícil la ob-

tención de muchos productos, ya se trate de petróleo o de bienes de consumo de buena calidad. No sólo es difícil el socialismo en un solo país, como se decía en época de Trotski, también lo son las reformas en un solo país, pequeño por añadidura, como Hungría. Se puede buscar un paralelo con la Francia de Mitterrand, que ha intentado llevar a cabo una política contra el paro, pero que después ha tenido que reducir sus entusiasmos reformadores.

Si todos los países de Europa occidental hubiesen seguido su misma política quizá hubiesen obtenido mejores resultados. Lo mismo puede decirse respecto al conjunto del Este y a Hungría.

—¿Cómo se puede conciliar la democracia política, o un sistema pluralista, con la planificación centralizada?

—En un artículo que escribí hace tiempo consideraba que la planificación centralizada presenta algunos aspectos contrarios a la idea misma de un sistema multipartidista. Hoy he cambiado en parte de opinión. No creo que se pueda establecer un determinismo económico: planificación centralizada-dictadura-partido único. Y viceversa. La dictadura puede convivir, como de hecho sucede en muchos países, con un sistema de mercado. Basta recordar América Latina, Turquía, etc. Esto vale también para los países socialistas. Se puede tolerar el libre cambio y encarcelar disidentes...

Pero creo que si se adopta un sistema planificado se tienen ventajas para que la economía no se desorganice cada vez que se celebran elecciones. Si se hacen planes quinquenales hasta fin de siglo, es necesaria una continuidad. En el mundo capitalista dicha continuidad está asegurada en gran medida por las grandes empresas privadas. Aún cuando a veces lo hacen mal, como ha señalado Leontief, con las incertidumbres que se viven, las tasas de intereses fluctuantes, etc., los ejecutivos típicos occidentales se preocupan sobre todo de lo que puede ocurrir en los próximos cuatro años. Tienen pues un horizonte limitado.

Si se considera además que un ejecutivo americano cambia de empresa cada cinco años por término medio —al contrario que un directivo japonés de Mitsubishi, por ejemplo, que permanece toda la vida—, la inestabilidad es bastante considerable.

—¿Y qué sucede en Rusia?

—Se da un notable contraste entre la larga vista del centro y la miopía de los ejecutores. Es interesante, por ejemplo, lo que ha sucedido con el petróleo. *Pravda* denunció las catastróficas consecuencias derivadas de una neta disminución de la producción de petróleo, debida al hecho de que las empresas que ejecutaban las directrices de la planificación lo hacían sin tomar las precauciones necesarias para los objetivos del aprovechamiento energético. Tenemos por un lado inversiones de largo aliento, con la mirada puesta en el futuro, por parte de los organismos de planificación central, que se estrellan contra la miopía de los ejecutores.

—¿Pero si se introducen elementos de mercado en la sociedad socialista, no se corre el riesgo —como temen marxistas como Sweezy— de que el mercado tienda después a superar el socialismo, con su lenta acción corrosiva en la historia?

—No cabe duda. Siempre existen peligros. Si alguien ejerce un poder, puede abusar de él. Poder y abuso marchan juntos. He leído en *Pravda*, que en una re-

pública soviética han sido condenados por corrupción una sesentena de profesores. Peligros existen siempre.

—*¿Y no existe un riesgo de competencia entre el sector privado y el sector público regulado por la planificación central?*

—Yo no pienso en un modelo en que el mercado funcione sólo en el sector privado y la planificación sólo en el público. Habla usted de competencia entre ambos sectores, pero ésta puede producirse muy bien dentro del mercado. Por ejemplo, en el húngaro: hay taxis municipales (sector público) y hay taxis privados; ambos se hacen la competencia. Basta ir a Budapest para verlo. A menos que se crea que todo lo privado es más eficiente, en cuyo caso más vale olvidarse del socialismo.

Ciertamente, la existencia de una competencia real o potencial es de gran importancia, ya provenga de otras unidades estatales o del sector cooperativo o privado. Digo potencial porque toda la mejor literatura occidental subraya su importancia. También los monopolios en Occidente están siempre bajo la amenaza de la competencia. Un economista húngaro me inquirió: «¿Por qué ponéis límites al sector privado en vuestro modelo? ¿Quizá porque pensáis que sin dichos límites prevalecería?». Y yo contesté: «No, apruebo esos límites por definición». Siempre hay ciertas potencialidades. Una de ellas, que en ciertos sectores una unidad productiva privada tenga un enorme éxito. Cito siempre el ejemplo de Apple respecto a las computadoras. Puede darse un parecido fulgurante desarrollo de una empresa en el sector de mercado de una economía socialista. Pues bien, no se trata de cortar su desarrollo. Simplemente, dicha empresa cambiará de categoría. Los propietarios se convertirán en gestores, directores. Ojalá que de una cooperativa o una empresa autogestionada, si se hace aún más grande.

—*Pero hay un doble peligro en ese modelo socialista. Uno, la tendencia del sector privado a expandirse irresistiblemente. Otro, que al fijar límites a la expansión, si ésta se mantiene, pueden surgir tentaciones represivas. Y eso puede poner en peligro la democracia política.*

—No, porque en mi modelo cualesquiera que sean los límites se imponen de manera democrática. Evidentemente, el hecho de que algo sea impuesto por votación no significa que contente a todos; cuando se vota un aumento de impuestos, quienes han de pagar más no se muestran alegres. Así, hasta leyes o reglamentos relativos a planificación regional pueden impedir a algunos hacer fortuna. Pero si se hace por la vía democrática, los límites así impuestos pueden ser cambiados. Como explico en mi libro, si se da un riesgo de desempleo, los límites no han de referirse necesariamente al número de personas que trabajan, sino que podrán referirse al valor del capital. Depende de las situaciones.

—*¿Su modelo de socialismo posible es una crítica a los límites y las insuficiencias del modelo socialdemócrata? Hay que considerar, sin embargo, que dentro del modelo socialdemócrata existen muchas vertientes. Por ejemplo, tenemos en un polo a Austria, con dos tercios de la economía bajo control público, y en el otro a Suecia, donde el sector público apenas alcanza el 5 %.*

—Los socialdemócratas gobiernan desde hace tiempo en Suecia. Tienen un buen modelo, contra el que nada tengo que oponer. El modelo que usted llama sueco o austríaco es el único modelo occidental cuasi socialista aceptable por una base electoral mayoritaria. Un electorado que no desea en absoluto dar unos pasos más hacia un socialismo integral. Acepto pues de buen grado el modelo so-

cialdemócrata. Mantiene su validez a pesar de sus eventuales dificultades. Es una opción posible. Simplemente, no considero que Suecia sea una república socialista, y no sólo porque tenga un rey. Como tampoco considero a Austria un país socialista, si bien no es ésta una razón para criticar a ambos países. Preferiría de hecho vivir en ellos que no, pongamos, en Rumanía. No se trata pues de formular una alternativa a las insuficiencias del proyecto socialdemócrata. En mi libro he tratado simplemente de perfilar un modelo socialista en sentido estricto, sin erigirlo a través de una crítica de las experiencias socialdemócratas. Puede preferirse un modelo socialdemócrata e incluso un modelo liberal, capitalista. Si se han elegido democráticamente no hay en verdad motivo para criticarlos.

—¿Cuál puede ser el motor de la transición del socialismo «real» al socialismo?

—La revolución política puede afectar a la economía, y viceversa, pero no existe un determinismo rígido. Quien desea una democratización de estos países, es partidario de una reforma económica, pues, aunque no exista un nexo directo entre ambas, la última facilita las cosas. Y eso introduce transformaciones moleculares que pueden facilitar el paso a la democracia política. He dicho que «pueden», pues no ocurre necesariamente así, dado que a veces los dirigentes temen que su poder se vea amenazado.

—¿Pero qué empuja hacia tal reforma?

—A mi juicio, ya no la opinión pública, que no comprende bien estos problemas, sino sólo el mal funcionamiento del sistema. Si el sistema respondiese a las órdenes y los deseos de los dirigentes no habría motivos para modificarlo. Pero no es así. Por ejemplo, se desea un progreso técnico acelerado y, por el contrario, se tiene un crecimiento ralentizado. Gorbachov dice que es necesario actuar, reformar. Cuando Gorbachov dice que «la suerte del socialismo en el mundo y el futuro de nuestro país dependen en buena parte de nuestra capacidad de hacer funcionar bien la economía», se ve claramente que no se trata de presiones desde abajo, sino todo lo contrario.

Al igual que en China, por otra parte. Después de todo, las reformas chinas de Deng no han sido pedidas por la opinión pública, sino que vienen de arriba. También la reforma húngara ha sido impuesta —y la población quizá la ha aceptado— con decisiones tomadas desde arriba. Así pues, desde arriba tiende a verse mejor hasta qué punto lo que sucede no está conforme no ya con un abstracto principio de ciencia económica, sino incluso con los propios deseos de los dirigentes, que se ven deformados por el sistema. Cuando no es posible obtener zapatos de una determinada calidad y forma, como sucede en algunas ciudades, no se debe a un deseo de los dirigentes. Estos, en realidad, desearían lo contrario, pero no son capaces de garantizarlo.

En mi opinión es la lógica misma del sistema la que exige que cambie. El hecho de que el sistema se desarrolle crea nuevos problemas. El sistema estalinista tuvo antaño una cierta lógica interna; hoy día está superada. Y la idea de tal contradicción no es totalmente antimarxista.

Mario Baccianini

© Mondoperaio.

Traducción: José M.ª Moreno.